

CLÁSICOS
A MEDIDA



Los tres
mosqueteros
Alejandro Dumas

ANAYA

CLÁSICOS
A MEDIDA

Los tres mosqueteros

Alejandro Dumas

Adaptación de Miquel Pujadó
Ilustraciones de Maripaz Villar

ANAYA

Para la explotación en el aula de esta adaptación de *Los tres mosqueteros*, existe un material con sugerencias didácticas y actividades que está a disposición del profesorado en cualquiera de las delegaciones de Grupo Anaya y en www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

© De la adaptación, introducción, apéndice y notas: Miquel Pujadó, 2016

© De la ilustración: Maripaz Villar, 2016

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2016
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

Diseño: Javier Serrano y Miguel Ángel Pacheco

Primera edición, febrero 2016

ISBN: 978-84-698-0841-2

Depósito legal: M-292-2016

Impreso en España - Printed in Spain

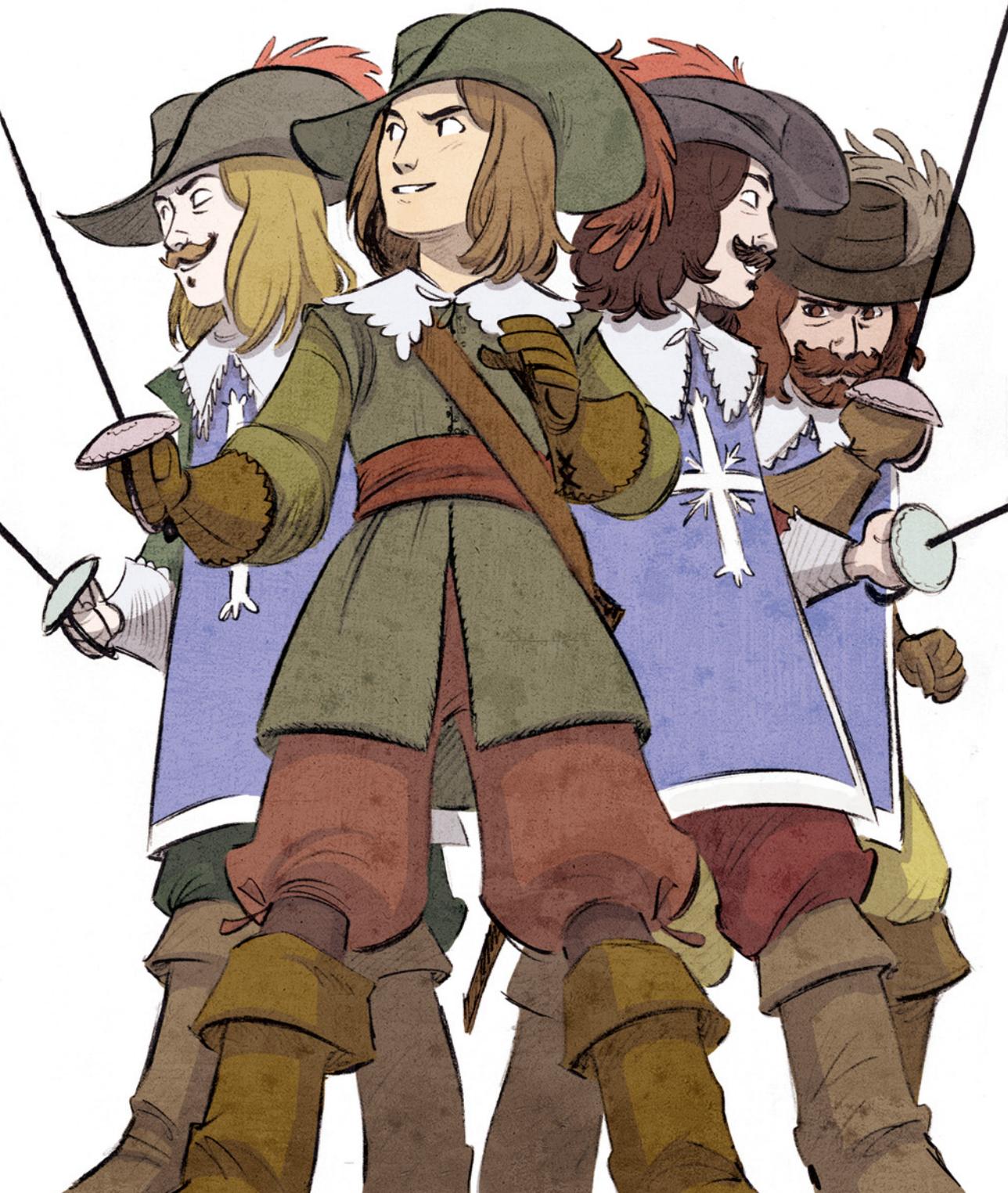
Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

| | |
|---------------------|-----|
| Introducción | 5 |
| Primera parte | 17 |
| Segunda parte | 91 |
| Epílogo | 149 |
| Apéndice | 151 |

Los tres mosqueteros



PERSONAJES PRINCIPALES

D'ARTAGNAN: joven gascón, muy hábil con la espada, que anhela ser mosquetero.

ATHOS: mosquetero taciturno de pasado misterioso.

PORTHOS: mosquetero forzudo y fanfarrón.

ARAMIS: mosquetero elegante y delicado.

CARDENAL RICHELIEU: primer ministro de Luis XIII.

LUIS XIII: rey de Francia.

ANA DE AUSTRIA: reina de Francia.

DUQUE DE BUCKINGHAM: primer ministro del rey inglés Carlos I.

SEÑOR DE TRÉVILLE: capitán de los mosqueteros del rey.

PLANCHET: criado de D'Artagnan.

GRIMAUD: criado de Athos.

MOSQUETÓN: criado de Porthos.

BAZIN: criado de Aramis

MILADY: mujer bellísima, pero cruel y muy peligrosa.

KETTY: criada joven de Milady.

SEÑOR BONACIEUX: propietario del apartamento donde vive D'Artagnan.

CONSTANZA BONACIEUX: esposa del anterior, modista y confidente de la reina.

ROCHEFORT: fiel secuaz del cardenal Richelieu.

Un gascón en París



El primer lunes de abril de 1625, llegaba al pueblo de Meung un joven gascón llamado D'Artagnan. Llevaba una espada muy larga colgada a un costado, pero se hacía notar especialmente por ir montado en un caballo de un estridente color amarillo. El caballo le había sido regalado por su padre, junto con quince escudos y una carta para el señor de Tréville, el capitán de los mosqueteros del rey, antes de que el joven partiera hacia París para hacer fortuna.

—Hijo mío —le había dicho—, al llegar iréis a ver al señor de Tréville con esta carta que os doy. A pesar de la prohibición de los duelos¹, se ha batido en incontables ocasiones y ha llega-

¹ Entre 1588 y 1608, cerca de diez mil hombres murieron en duelos provocados por cuestiones de honor. A pesar de varios edictos contrarios, los duelos fueron tolerados en la práctica hasta que el cardenal Richelieu, el año 1626, durante el reinado de Luis XIII, promulgó un decreto que se aplicó severamente y que castigaba a los infractores con la pena de muerte.

do a ser capitán de los mosqueteros, una legión que el rey respeta y que el cardenal teme, él que no teme casi a nada.

Dicho esto, el padre de D'Artagnan ciñó a su hijo su propia espada, su madre le dio la receta de un bálsamo que, según ella, curaba casi todas las heridas, y el joven emprendió el camino.

En Meung, al dejar el caballo en la puerta del hostel del Franco Molinero, vio por una ventana que daba a la planta baja a un *gentilhombre*² que conversaba con dos personas que reían con ganas. ¡Estaban hablando de su caballo! El individuo tenía unos cuarenta años, ojos negros y penetrantes, y un bigote también negro y bien recortado. D'Artagnan, sintiéndose insultado, avanzó con una mano en la espada.

—¡Vos, señor! —gritó—. Decidme de qué reís y así reiremos juntos.

El desconocido se retiró de la ventana, salió del hostel y se acercó al gascón.

—Este caballo tiene un color muy conocido en botánica, pero muy poco común en el mundo animal —dijo en tono burlón. Y, dando media vuelta, se preparó para volver a entrar al establecimiento.

Entonces D'Artagnan sacó la espada de la vaina y empezó a perseguirlo mientras gritaba:

—¡Daos la vuelta, que no quiero heriros por detrás!

Pero en ese momento, los dos compañeros del hombre y el dueño del hostel cayeron sobre D'Artagnan armados con palos y garrotes. Un garrotazo le partió la espada. Otro le hizo caer casi sin sentido. Como mucha gente acudía al lugar de los hechos, el hostelero y sus mozos, temiendo un escándalo, llevaron

² *Gentilhombre*: de origen noble y, por extensión, aquel que se comporta de manera educada. Se usaba para dirigirse de forma amable a un hombre.



al herido a la cocina, donde intentaron curarlo. Mientras tanto, el hombre había vuelto a la ventana y parecía impaciente.

—¿Cómo se encuentra aquel perro rabioso? —preguntó al hostelero.

—Se ha desmayado. Lo hemos registrado y solamente lleva consigo una camisa, algunos escudos y una carta para un tal señor de Tréville.

—¿Para Tréville, decís? ¿Dónde lo tenéis ahora?

—Lo están vendando en la habitación de mi mujer.

—¿Tiene consigo el perpunte³ y su bolsa?

—No, todo ello está en la cocina.

—Preparadme la cuenta y avisad a mi criado.

El hostelero salió, y el desconocido se dirigió a la cocina. Poco después, D'Artagnan volvió en sí y, con la cabeza vendada, comenzó a bajar las escaleras, pero al llegar a la cocina vio a su provocador, que hablaba tranquilamente con alguien, subido al estribo⁴ de una carroza tirada por dos caballos. Su interlocutora era una mujer de unos veintidós años, muy bella, rubia y pálida, con unos grandes ojos azules, labios rosados y manos de alabastro. El desconocido le estaba diciendo:

—Milady, Su Eminencia os ordena que volváis ahora mismo a Inglaterra, y que le aviséis si el duque se va de Londres. Las otras instrucciones las hallaréis en esta carta.

D'Artagnan, que lo había oído todo, avanzó.

—¡Espero que no oséis huir delante de una mujer!

—Pensad —dijo Milady al desconocido— que el más mínimo retraso puede resultar fatal.

—Tenéis razón. Id por vuestro lado, que yo iré por el mío.

³ *Perpunte*: pieza de vestir de cierto grosor usada antiguamente para cubrir y defender el cuerpo de las armas blancas.

⁴ *Estribo*: escalón que permite subir con más facilidad a un coche.

Y partió al galope, seguido de su criado, mientras el cochero de la carroza fustigaba a sus caballos. D'Artagnan estaba demasiado débil para seguirlo, y pasó la noche y parte del día siguiente en el albergue. Al atardecer se encontraba ya mucho mejor, gracias al unguento de su madre, pero, al disponerse a pagar su estancia, encontró la bolsa en su bolsillo, pero no así la carta dirigida al señor de Tréville.

—¿Dónde está mi carta? —gritó D'Artagnan al hostelero.

—Os la cogió el gentilhombre de ayer. Cuando le dije que llevabais con vos una carta para el señor de Tréville, bajó inmediatamente a la cocina, donde estaba vuestro perpunte.

D'Artagnan montó en su caballo amarillo y llegó sin más tropiezos a la entrada de París, donde lo vendió por tres escudos. Entró a pie en la gran ciudad y alquiló una especie de buhardilla situada en la calle de los Sepultureros, cerca del jardín del Luxemburgo.

Después de instalarse, fue al Louvre⁵ y preguntó dónde vivía el señor de Tréville. Por suerte, residía en la calle del Viejo Palomar, no muy lejos de la habitación que acababa de alquilar.

El señor de Tréville había empezado, como D'Artagnan, con los bolsillos vacíos, pero había acabado como capitán de los mosqueteros. El cardenal, al ver la formidable élite con la que el rey se rodeaba, había querido poseer también su propia guardia. El rey y el cardenal, aunque clamaban en voz alta contra los duelos, los alentaban a escondidas, y la victoria o la derrota de sus hombres les alegraba o les entristecía muchísimo.

Los mosqueteros del rey eran un grupo que nadie sino Tréville podía disciplinar. Su residencia siempre estaba frecuentada

⁵ Actualmente, el Louvre es un famoso museo, pero fue la residencia de los reyes de Francia desde 1535, cuando Francisco I volvió de su cautiverio en España, después de la derrota de Pavía, hasta 1682, cuando Luis XIV se instala en Versalles.



por ellos. El día en que D'Artagnan llegó a ella, se encontró a muchos mosqueteros que se interpelaban y jugaban. El joven avanzó como pudo entre ellos, emocionado. En la escalera, se cruzó con cuatro que se ejercitaban espada en mano. En el rellano, ya no había peleas: se explicaban historias sobre mujeres. Y en la antecámara del capitán, historias cortesanías. No se atrevía a unirse a las conversaciones, y al ser nuevo en el lugar, por fin un criado le preguntó qué deseaba. Mientras esperaba a ser recibido, observó a un mosquetero de gran talla que no iba vestido con la casaca de uniforme sino con un jubón azul celeste y que, encima del jubón, llevaba un magnífico tahalí⁶ bordado en oro. Una capa de terciopelo le caía con elegancia sobre los hombros. El mosquetero se quejaba de un resfriado y, mientras se retorció el bigote, dejaba que todos admirasen su banda.

⁶ *Tahalí*: banda que se llevaba desde el hombro derecho hasta el lado izquierdo y que servía para aguantar la espada.

—¡Caramba, Porthos! —le dijo un mosquetero—. Seguro que te la ha regalado la dama con quien te vi el otro día.

—No, ¡por mi honor os digo que la he comprado con mi dinero! —respondió aquel a quien acababan de llamar Porthos—. Pagué por ella doce pistolas⁷. ¿No es verdad, Aramis? —dijo, girándose hacia otro compañero, un joven de unos veintitrés años de edad, de suave figura, ojos negros, mejillas aterciopeladas, bigote fino y manos casi transparentes, que asintió con la cabeza. Esto pareció que disipaba las dudas, y la conversación se desplazó a otro tema: la vocación religiosa de Aramis.

—¡Qué delicioso cura hubierais sido! —dijo Porthos, medio en broma.

—¡Oh, es un retraso momentáneo! —respondió Aramis.

—El señor de Tréville espera al señor D'Artagnan —interrumpió el criado, abriendo la puerta del despacho.

Al oír esto, todos callaron, y el joven gascón cruzó la antecámara y penetró en el despacho del capitán de los mosqueteros. El señor de Tréville saludó educadamente al joven, pero le hizo un gesto con la mano, pidiéndole paciencia, y, acercándose a la antecámara, gritó:

—¡Athos! ¡Porthos! ¡Aramis!

Dos de los mosqueteros avanzaron hacia el despacho. El señor de Tréville no parecía en absoluto contento.

—El cardenal le explicaba ayer al rey que unos cuantos mosqueteros montaban escándalo de madrugada en una taberna, y que una ronda de sus guardias se había visto obligada a arrestarlos. Y vosotros estabais allí, ¡no lo neguéis! No quiero

⁷ «Pistola» era el nombre que se daba a diversas monedas europeas en distintas épocas. En este caso se refiere a los luses de oro, acuñados por Luis XIII.

que seáis el hazmerreir de los guardias del cardenal, que preferirían morir antes que dar un paso atrás. ¡Ya veo que huir es propio de los mosqueteros del rey!

—La verdad —dijo Porthos— es que éramos seis contra seis, pero nos cogieron a traición, y antes de que pudiéramos desenvainar, dos de los nuestros habían muerto y Athos había sido malherido. Se nos llevaron a la fuerza, pero logramos escapar.

—Y yo maté a uno con su propia espada —dijo Aramis—, porque la mía se había roto durante el ataque.

—Todo esto yo no lo sabía —dijo Tréville.

En aquel momento, se abrió la puerta y un hombre de bella figura, pero mortalmente pálido, hizo su aparición.

—¡Athos! —exclamaron los dos mosqueteros y Tréville.

—¡Me habéis llamado —dijo Athos con voz débil—, y aquí me tenéis!

—Les estaba diciendo a estos señores —dijo Tréville precipitándose hacia él— que prohíbo a mis hombres que se pongan en peligro innecesariamente. Y estrechó la mano de Athos, sin darse cuenta del gesto de dolor del mosquetero. Entonces, este cayó al suelo, como muerto.

—¡Un médico! —gritó el señor de Tréville—. ¡El mejor!

El médico acudió. Un rato después llegó la noticia de que el herido había vuelto en sí, y todos se retiraron, excepto D'Artagnan. Tréville se dirigió a él.

—Perdón, querido compatriota, me había olvidado de vos. Siempre he sentido un gran afecto por vuestro padre. ¿Qué puedo hacer por su hijo?

—Deseaba ser mosquetero, pero después de lo que he visto mucho me temo no merecer tal honor.

—Tal vez lo merezcáis, pero Su Majestad ha decidido que nadie puede ser mosquetero sin haber demostrado su valor en algu-

nas gestas excepcionales, o bien después de dos años de servicio en otro regimiento. ¿No tenéis mucho dinero para vivir, verdad? Yo mismo llegué a París con cuatro monedas en el bolsillo y me habría batido a muerte con cualquiera que hubiera puesto en duda que era capaz de comprar el Louvre —dijo Tréville al ver que D'Artagnan adoptaba un aire ofendido—. Debéis conservar el dinero que tenéis, pero también realizar los ejercicios propios de un gentilhombre. Escribiré una carta para el director de la Academia Real. Aprenderéis a montar a caballo y esgrima, y de vez en cuando vendréis a verme para explicarme vuestros progresos.

D'Artagnan fue consciente de la frialdad de tal acogida.

—¡Cómo echo a faltar la carta que me dio mi padre para vos y que me fue robada en Meung! —se lamentó.

—El hombre que os la robó, ¿no tendría una cicatriz en la sien?

—Sí, como el arañazo de una bala.

—¿Esperaba a una mujer?

—Partió después de hablar con ella. La llamó Milady. Le entregó una carta con instrucciones y le dijo que no la abriera hasta Londres.

—¡Es él! —murmuró Tréville—. No lo busquéis: os destrozaría. Bien, os había prometido una carta...

Tréville comenzó a redactarla, pero cuando D'Artagnan se disponía a cogerla, miró por la ventana, enrojeció de cólera y salió hecho una furia del despacho, gritando:

—¡Esta vez no se me escapará!

Bajaba por la escalera cuando golpeó involuntariamente en el hombro a un mosquetero, que lanzó un grito de dolor. Era Athos.

—¡Perdonadme —dijo D'Artagnan—, pero tengo prisa!

—Señor, no sois nada educado. Me encontraréis más tarde sin necesidad de correr.



Originalmente publicada como un folletín, entre marzo y julio de 1844, es, sin duda, una de las grandes novelas de aventuras jamás escrita. En ella se nos habla del joven D'Artagnan, que llega a París con la esperanza de convertirse en mosquetero del rey. Antes de conseguir su propósito, se verá inmerso en conflictos de todo tipo; menos mal que contará con la ayuda de Athos, Porthos y Aramis. Duelos, espías, misterios, amor, persecuciones y mucho más en este clásico intemporal.

